

## El intelectual rampante

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 67

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA  
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

BASILIO BALTASAR

El intelectual rampante  
*Chimaera bombinans in vacuo*

Prefacio de ANNA CABALLÉ

© Basilio Baltasar

© ilustración de las guardas:

Anapurna, *Heráldica de Les-Baux-de-Provence*

© de esta edición, Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-785-8

D.L.: AS-12-2023

Grafinsa. Oviedo

## Índice

PREFACIO: Nuestro harapiento destino por ANNA CABALLÉ. . . . .	9
---	---

### EL INTELLECTUAL RAMPANTE

Preámbulo . . . . .	25
Figuras nómadas de la imaginación . . . . .	35
Los ancestros de Maldoror. . . . .	56
Jeroglífico encriptado en Babel . . . . .	76
El gran círculo calassiano . . . . .	93
Puertas de marfil y cuerno pulido . . . . .	104
Yo, el último lector . . . . .	119
La mujer revelada . . . . .	126
El arte de la fuga . . . . .	137
Llevar atado al cinto un perro muerto . . . . .	148
La ética partisana de la intimidad . . . . .	161
Los grandes embusteros de la literatura . . . . .	174
Una novela sobre el Universo. . . . .	184
Goya o las hipérbolas de la alucinación . . . . .	193
Rembrandt o la efigie deslumbrada . . . . .	201

La sinfonía burlesca del Bosco . . . . .	208
El teatro ambulante . . . . .	220
Un arte que agoniza . . . . .	227
Una profecía del siglo XXI . . . . .	233
El secreto de Zópiro en Babilonia . . . . .	238
Lánguida y lacerante imaginación . . . . .	244
Edipo rescatado. . . . .	249
Antes de fundar Macondo. . . . .	257
El mito de don Quijote en La Habana . . . . .	264
Besad en la mejilla al traidor . . . . .	272
La devoradora ternura de la peste . . . . .	279
Filosofía portátil de un vagabundo. . . . .	288
Médico, taumaturgo y profeta . . . . .	296
Los mandamientos bohemios . . . . .	308
Los argonautas celestes . . . . .	314
La farsa del toro de la Vega. . . . .	323
La última revolución . . . . .	328
Teoría del futbolismo . . . . .	343
La década mutante . . . . .	350
Zombis y androides del tercer milenio . . . . .	368
Nota final . . . . .	373

## Médico, taumaturgo y profeta

Habría que recordar aquellos viejos y buenos tiempos en los que un presidente del gobierno compartía con los ciudadanos sus libros predilectos. Es lo que ocurrió en 1982 cuando Felipe González contó en televisión su entusiasmo por las *Memorias de Adriano*. El libro llevaba publicado en español desde que Julio Cortázar hizo la primera traducción en 1955, pero Marguerite Yourcenar no adquirió entre nosotros la notoriedad que celebran los librereros hasta después del comentario presidencial.

El éxito de las *Memorias de Adriano* —que publicó en Francia la editorial Plon en 1951 y, en España, Edhasa en 1982—, contribuyó a la buena acogida que inmediatamente después tuvo la otra gran obra de la autora: *Opus nigrum*, publicada por Gallimard en 1968 y por Alfaguara en el mismo 1982.

En los dos libros hizo Yourcenar algo poco frecuente entre novelistas: añadir a modo de epílogo las

notas que explican la gestación de la novela y el proceso creativo de su escritura. En lugar de dejar a cargo de los investigadores la tarea de rebuscar en sus archivos póstumos el rastro de las fuentes, Yourcenar presenta una anatomía de su trabajo y dulcemente conduce a los críticos que acaban de leer la novela. No es fácil sustraerse a la seducción de tanta amabilidad.

Así como las *Memorias de Adriano* son el soliloquio imaginario de un personaje histórico, *Opus nigrum* es la biografía realista de un protagonista ficticio: Zenón, un médico, filósofo y alquimista atrapado en la turbulencia de su siglo y predestinado a padecer con melancolía su triste desdicha.

De Erasmo de Róterdam, Paracelso, Nicolas Flamel, Leonardo da Vinci, Campanella, Giordano Bruno, Agrippa, Nicolás de Cusa... extrae Yourcenar los retazos de la personalidad, ingenio y desgracia que componen la figura de Zenón.

Puede decirse que la novela viene a ser el relato de la inteligencia, sensibilidad y lucidez que conviven con las virulentas batallas del siglo XVI: las pugnas teológicas, las querellas de los príncipes, el fanatismo de los sectarios, el ardor de los místicos, el combate entre Reforma y Contrarreforma, las tropas de mer-

cenarios y sicarios en busca de botín, la amenaza del turco, el rebrote de las supersticiones...

Una exhaustiva documentación permite a Yourcenar ambientar las aventuras y desventuras de Zenón, respetando los requisitos de la novela histórica: no violenta los testimonios, no retuerce lo factible, no falsifica lo probable ni deforma lo aceptable.

Se toma algunas licencias, pero los ejemplos que cita, las anécdotas históricas que saca de los archivos, se exponen en este extraño epílogo como una prueba de verosimilitud. Al parecer, una de las cualidades más apreciadas por la autora.

Su largo relato, sin embargo, renuncia a la tensión dramática, a la colisión del temperamento de los personajes, a la secreta violencia del carácter, y al disgusto de lo inesperado. La vida del protagonista de *Opus nigrum* discurre con languidez, sin sorpresas ni aspavientos, como si las peripecias de su destino las hubiera anunciado Marguerite Yourcenar al mismo Zenón.

Zenón empieza su peregrinaje buscando al maestro que le enseñe los arcanos del conocimiento sublime. Por el camino se convierte en filósofo, médico y astrólogo y se integra en el reducido círculo de personajes entregados al saber alquímico.

Una filosofía que se propuso descifrar la naturaleza profunda de la existencia y entender cada cosa, cada suceso, cada momento, como una palabra escrita en el gran libro del mundo. Un libro que abre sus páginas y muestra su texto sólo al que sabe hojear, leer y traducir la escritura divina.

La búsqueda del conocimiento hace que Zenón recele de la muchedumbre, una multitud conternada por las pasiones, por el fervor de la ignorancia, la celebración de la ceguera y la crueldad de los instintos criminales, esa masa de individuos destartalados que saltan de una barca podrida a otra que hace agua y de una aberración secular a una nueva manía, «la actividad frenética de las gentes idiotizadas y locas».

La vida ambulante de Zenón, que de algún modo sigue la ruta abierta por los goliardos, pasa por Gante, por el Languedoc, por la montaña de Montserrat, por León, por la ciudad húngara de Buda, por Basilea, por Génova, la Toscana, Lovaina, Montpellier, Innsbruck, Bolonia, Cracovia...

Poco a poco Zenón va aprendiendo las reglas del gran juego y en un momento decisivo pregunta: «¿Acaso crees que voy a ser como ese imprudente de

Miguel Servet y exponerme a que me quemem a fuego lento en una plaza pública?».

Para nuestro estudiante de alquimia siempre será preferible exponerse a los peligros sencillos: las heridas de la guerra, las fiebres de Italia, la sífilis de los burdeles, los piojos de las posadas, el embate de los envidiosos y las murmuraciones de los imbéciles.

Lo que busca Zenón no se alcanza tan solo con ciencia y contemplación, pues pretende encontrar la verdadera fuente del poder: hacer que dure lo perecedero, ampararse en los secretos de la muerte para luchar contra ella, utilizar las recetas naturales para burlar a la naturaleza, dominar al mundo y rehacer al hombre.

Zenón no deja de asombrarse o de maravillarse de que esta carne sostenida por sus vértebras, este tronco unido a la cabeza por el istmo del cuello, contenga y produzca un espíritu superior. Y celebra la hipótesis de Demócrito: hay una serie infinita de universos idénticos en donde viven y mueren una serie de filósofos prisioneros de la formidable dimensión del cosmos.

Zenón aprende a manejar la observación que distingue, clasifica y ordena los fenómenos naturales, el

método de la incipiente ciencia, para cultivar simultáneamente la visión interna del filósofo hermético. Para ello se familiariza con el lenguaje visual de la experiencia interior. Poniendo en práctica las recetas de su amigo persa Darazi, Zenón hace que la conciencia resbale desde el cerebro a otras regiones del cuerpo y lleva así las luces mentales a las apagadas galerías del organismo.

Sus investigaciones le permiten averiguar para qué sirve el secreto. El secreto que le permite protegerse de la ferocidad de sus contemporáneos, pero sobre todo proteger la penumbra y el silencio: allí en donde fructifica la mutación del alquimista. Es en este laboratorio en donde se puede trabajar: ajeno a las inclemencias del tiempo presente, indiferente a los caprichos de la historia, y displicente con las tentaciones de la cultura.

Este ámbito misterioso de exploración reforzaba sus convicciones éticas: «Jamás me agarré a una idea por temor al desamparo en que caería sin ella». «Nunca deformé el parecer del adversario para llevar la razón más fácilmente».

Zenón disputaba contra la superstición, pero también contra el escepticismo que niega temerariamente

la presencia de lo invisible o la evidencia de lo inexplicable.

Sometido a la contradictoria turbulencia de sus investigaciones científicas, sus recetas de médico, botánico y farmacéutico, sus trasgresiones de cirujano, su hermetismo alquímico y su voluntad de intervenir en los acontecimientos de su tiempo, Zenón publica varios libros: *Tratado del mundo físico*, *Profecías grotescas*, *Proteorías* o los famosos *Pronósticos de las cosas futuras*. Su editor fue el conocido impresor Étienne Dolet, que sería estrangulado y arrojado al fuego con sus libros.

Zenón se dirige impecablemente hacia el desenlace que le ha sido concedido por su creadora y desperdiçando las ocasiones de huir sigilosamente de sus perseguidores, es reconocido, apresado, juzgado y condenado por hereje. Se suicida en su celda para evitar los tormentos de la hoguera.

El lector llega al final de la novela con uno de los interrogantes que sibilinaamente ha sembrado Yourcenar: ¿qué demonios es la alquimia?

Dice Jacob Böhme en su *Aurora* (1612) que la Divinidad «tiene en su interior una acritud terrible, por cuanto la cualidad salada es una contracción dura, os-

cura y fría, tanto que del agua resulta hielo, y además por completo insoportable».

Basilio Valentín, pseudónimo de un monje benedictino (1413), afirma en *Las doce llaves de la filosofía* que basta «una pequeña cantidad del espíritu del dragón» para «disolver y hacer volátiles el oro y la plata».

Ireneo Filaleteo, un inglés del XVII, subraya que «nuestro mercurio es espiritual, femenino, vivo y vivificante».

Nicolás Flamel, en su *Libro de las figuras jeroglíficas*, advierte que «si tras haber puesto las confecciones en el huevo filosófico no ves la cabeza del cuervo negro, tendrás que volver a empezar».

Para Fulcanelli (1924), la serpiente «indica la naturaleza incisiva y disolvente del mercurio, que absorbe ávidamente el azufre metálico y lo retiene con fuerza».

Los vestigios de la tradición alquímica se remontan a la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, en el siglo VII a. C. y la escuela de pensamiento alquímico se vio galvanizada en la Alejandría helenística mediante la influencia griega, persa, judía, egipcia y gnóstica.

Esta voluntad transcultural y transhistórica es uno de los rasgos más atractivos de la literatura alquími-

ca, aunque debo advertir que, por esmerada que sea la disposición del lector contemporáneo, tarde o temprano desistirá con cierta desesperación, incapaz de penetrar la hermética apariencia de su lenguaje. Si el lector es indulgente, renunciará a descifrar la compleja simbología de un relato incomprensible; si fuera colérico, blasfemaré y contribuiré con su desdén a divulgar la fama de charlatanes que arrastran los alquimistas. Inevitablemente, los lectores se preguntarán con irritada impaciencia: pero ¿de qué están hablando? ¿Hay alguien que lo entienda?

El azufre y el mercurio, con sus cualidades fijas, cálidas y secas o volátiles, frías o húmedas, operan sobre los metales mediante la calcinación, congelación, coagulación, disolución, digestión, destilación, sublimación, reparación, multiplicación y proyección. Un proceso en el que actúa un fascinante bestiario (dragón, león, pelícano, pavo real, cuervo, serpiente...), bajo la influencia del calendario astral, hasta consumir la Gran Obra, el *Opus* que permite al adepto de esta «antigua ciencia» y «noble arte» obtener la piedra filosofal y el elixir de la inmortalidad.

Ciertamente, no se conoce a nadie capaz de traducir a nuestro lenguaje lógico este galimatías «hermé-

tico» y resulta por ello sorprendente que a lo largo de los siglos haya subsistido una escuela de pensamiento que no se entiende. Son miles los volúmenes conservados en las bibliotecas europeas que comentan con erudición las operaciones de la Gran Obra; son innumerables los manuscritos bellamente ilustrados con emblemas y alegorías que nadie sabe interpretar.

Aunque podamos admirar los seductores símbolos de la alquimia y dejarnos perturbar por la evocación poética que inspiran sus emblemas, no hay modo de integrarlos en nuestra moderna visión del mundo. La severidad mecanicista nos cierra el acceso a una interpretación del cosmos que se remonta a episodios nada cartesianos. Nuestra impetuosa tecnología industrial cercena de cuajo la idea de una naturaleza preñada por el espíritu. Podemos conceder que la creencia sea aceptada como una benévola inquietud religiosa, pero nos parece imposible admitir que tal cosa pueda ser un «arte» que se considera a sí mismo la más solvente de las «ciencias».

Sin embargo, el código simbólico de la alquimia anuncia la liberación del espíritu prisionero en la materia. Bajo el patronazgo del legendario Hermes, el ciclo narrativo de la alquimia acoge la fertilidad de los

viejos mitos clásicos y cristianos y otorga a sus figuras un papel decisivo en la insurgencia del alma y la transformación de la materia: Apolo, Leda, Saturno, Cristo, la Virgen... aparecen con su vigor ancestral en el teatro de la imaginación, dispuestos a representar el último acto y brindarnos la ocasión de vencer al destino, la extinción y la muerte.

¿Quién podría resistirse a la llamada de esta epopeya? ¿Quién se negaría a poner en práctica las instrucciones de un manual como este?

La promesa de la piedra filosofal y del elixir de larga vida nos hace lamentar que algo tan formidable sea enunciado con tan inextricables fórmulas. Aunque uno, a fin de cuentas, entiende que el misterioso desafío a las leyes naturales (la fabricación del oro y de la eterna juventud) esté reservado a una aristocracia espiritual reacia a divulgar el gran secreto (y, sin embargo, empeñada en dar una y otra vez testimonio de su inminencia).

Ojalá la lección de Zenón nos ayude a entender de manera más estricta la naturaleza del silencio y la conveniencia del secreto y del que nos salvará.

. . .

Posdata correspondiente al año de la pandemia (2020).

Criaturas del siglo XXI: recordad los tres momentos en que el Horror penetró en vuestros hogares.

El primer jinete se llamaba lepra.

El segundo jinete se llamó sífilis.

Al tercero lo llamaron SIDA.

Los tres perseguidores os han enseñado la gran lección:

Los bellos cuerpos de hombres y mujeres son un foco de putrefacción.

La atracción del amor, el abrazo y la pasión, pueden infectaros, corromperos y pudrir vuestros hermosos labios.

Sabíamos que las larvas de la muerte habitan en el corazón humano.

Y pensabais que todo fue cosa del tiempo pasado, que vuestros logros os salvaban de las plagas y la peste.

¿Qué pensáis ahora, cuando el aire lleva en su seno a los agentes víricos de la gran corrosión?